

# DESDE WASHINGTON

*José de Armas  
y Céspedes.*

Para el "Diario de la Marina"

15 de Mayo.

El otro día, al leer en un diario que una princesa Radziwill había tenido, y publicado, una entrevista con Lenin, me acordé de Pepe de Armas y Céspedes, periodista maestro, padre de este Pepillo de Armas y Cárdenas, muerto hace poco. Y vino el recuerdo, porque cuando conocí a don Pepe en Madrid, el año 79 o el 80 me dijo que había sido en París apoderado y administrador de uno de los Radziwill, gran familia polaca con una rama en Rusia, otra en Austria y otra en Prusia. De una princesa de esta última rama estuvo muy enamorado el príncipe Guillermo, que más tarde fué rey de Prusia y primer emperador de Alemania y costó trabajo disuadirlo de que se casase con ella.

Una tarde conversaba yo en el Salón de Conferencias del Congreso con Portuondo, diputado por Santiago de Cuba; y a corta distancia, en otro grupo, estaba Ramón de Armas, diputado por la Habana. Vi que se le acercaba un *gentleman* alto, trigueño (con fino bigote negro, superiormente trajeado y con todas las hechuras de lo que se llama "un hombre de clase."

—¿Quién es?—pregunté a Portuondo—ese personaje que habla con Ramón cito? ¿Es el Embajador italiano?

—¿Cómo? ¿No lo conoce usted? Es el tío de Ramón, el famoso periodista del *Siglo* y de *El Occidente*. Ha venido de Londres a gestionar el asunto del ferrocarril central de Cuba.

Entonces evolucioné hacia ellos, con el programa de conocer al tío y de extirparle un tabaco al sobrino, que era "fecundo." A los primeros diputados y senadores de Cuba los habíamos clasificado en "fecundos" y "estériles," según que daban o no daban tabaco. El que batió el record de la fecundidad fué Apezteguía; y más tarde, en Cortes posteriores, cuando apareció Vázquez Queipo, éste fué el *champion*; prodigaba unos tabacos, llamados *Queipos*, de vitola tan grande, que había para fumar dos horas.

Conocí a Don Pepe de Armas sin ser presentado a él, porque entre cubanos ¿a qué presentaciones? Además, en las Cortes no se estilaba eso; bastaba conocer a alguien en un corrillo para tener el derecho de incorporarse al cuarto de hora de haberle escuchado, porque era un brillante conversador, no sólo por su mordacidad—sobre la cual se ha exagerado mucho—sí que también por su gracia,

su manera de contar y las cosas que contaba. De pronto me preguntó:

—Y usted ¿de dónde es? ¿Matancero o vueltabajero?

—De las Villas.

—Entonces, cubano de tercera clase.

—¿Quiénes son los de primera?

—Nosotros los camagüeyanos; los de segunda son los orientales; ustedes los villareños, los matanceros y los vueltabajeros, de tercera.

—¿Y los habaneros?

—Esos, ni siquiera son cubanos. La Habana es una bodega asturiana y una oficina madrileña.

Después de esto, ya estaba "roto el hielo," como dicen los franceses, entre los dos. Don Pepe me tomó de cícerone para que le dijese los nombres de los políticos, personal nuevo para él, y sobre el cual hacía observaciones divertidas, sentado en tu banco del Salón de Conferencias.

Vivía en el Hotel de Rusia, que era entonces no el más grande, pero sí el más caro y prestigioso de la capital. Una tarde salimos juntos del Congreso con un Medina (don Manuel) empleado, de Santiago de Cuba, hermano de aquel presbítero don Tristán, que colgó los hábitos y se convirtió en orador democrático de *meeting*; y buen orador. Al llegar a la puerta del hotel, que estaba en la Carrera de San Jerónimo, cerca del Congreso, me dijo Don Pepe:

—Venga a mi cuarto, porque tengo que darle algo.

Me dió dos folletos suyos, en inglés, en pro del reconocimiento de la belligerancia de Cuba por los Estados Unidos. Charlamos un rato; y cuando me despedía, me dijo:

—La ventana de este cuarto es la tercera del primer piso. Cuando pase usted y vea luz, suba; tomaremos aire y echaremos un párrafo.

El *ale*, o cerveza inglesa, era entonces su bebida favorita entre horas. Fuí quince o veinte veces a aquel cuarto aquel verano y pasé muy buenos ratos oyéndole a Don Pepe historia del separatismo por dentro. Si hubiera tomado apuntes de todo aquello habría materia para un libro. Don Pepe, con una frase acerada y feliz, plataba a cada uno de los personajes que dirigían el movimiento desde Nueva York.

En la desavenencia entre la Junta Revolucionaria y Quesada, Don Pepe de Armas había estado de parte de éste, de quien me contó que era hombre sereno y ecuánime. Cuando se enteraba de algo que sus adversarios habían hecho contra él se limitaba a decir:

PRIMONIO  
DOCUMENTAL



—; Mentecatos!  
 Y hablaba de otra cosa. También me relató Don Pepe una misión que había llevado a Madrid el año 75 al principio de la Restauración, cerca de Ayala, ministro de Ultramar; episodio acerca del cual, que yo sepa, nada se ha publicado. Los revolucio-

narios pensaron que a aquella nueva situación política le convendría poner pronto término a la guerra de Cuba. En la proposición, que estaba apoyada por el capitalismo inglés, figuraba un Gobierno Provisional de peninsulares y cubanos y un plebiscito en el plazo de cinco años. En el caso de que la mayoría votase por la independencia, Cuba pagaría a España una indemnización; el dinero sería adelantado por una compañía inglesa, que se reembolsaría por medio de concesiones ferroviarias.

—Ayala—dijo Don Pepe—me contestó con palabrería sonora; ni siquiera vió que, en el fondo, el plan era más favorable a España que a nosotros, porque yo no estaba seguro de que al cabo de cinco años ganásemos la votación, estando como está la riqueza en poder de los españoles.

Una noche le pregunté a qué atribuía el fracaso de la revolución.

—A la abolición de la esclavitud—respondió.—Se cometió la tontería de ponerla en la Constitución, en lugar de aplazar el asunto para el día del triunfo. Había más hacendados cubanos que peninsulares y tenían muchos esclavos. Se pusieron de parte de España, que los salvaba su riqueza; y los negros no se pusieron de nuestra parte, porque no se enteraron de que los habíamos declarado libres.

No volví a ver a Don Pepe hasta algunos años después, en la Habana, donde había publicado el diario *La Nación*, que duró poco y que fué muy hostil a los autonomistas. A éstos, no los podía tragar Don Pepe de Armas por causas que ignoro. De uno de los más importantes solía decir:

—¿Qué se puede esperar de un hombre de Estado que ha nacido en Hoyo Colorado? Y de otro, escritor excelente, y que parecía siempre ensimismado, decía:

—Cuando no está dormido por dentro, está dormido por fuera.

Una tarde en el Café del Louvre—ahora de Inglaterra—se apareció el joven Peraza, que era, como Romanones, politíclan, travieso y cojo.

—¡Señores, noticia!—dijo.—Corren rumores de que el partido conservador va a elegir un jefe permanente con un sueldo de cincuenta mil pesos, y que será Santos Guzmán.

Y dijo Don Pepe, muy serio:

—Yo también he oído esos rumores; y sé quien es el hombre tenebroso que los ha puesto en circulación.

—¿Quién?—preguntamos todos.

—¡El mismo Santos Guzmán!

X. Y. Z.

*Guerra 4/920 -*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA